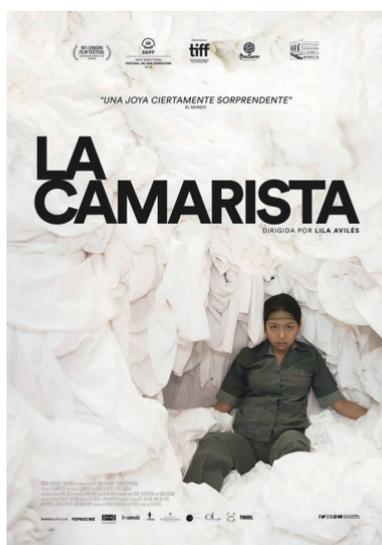


Aquí ya no hay pisos

Por Alberto G. Marañón

La Camarista (2019).
Dirección: Lila Avilés

¿Quién merece el piso de arriba? ¿Quién merece subir a la planta más alta de la torre? Realmente ¿quién, entre nosotros, ha de ascender dejando atrás la normalidad que habita en el piso de en medio, donde no se conoce la vergüenza de la planta baja pero tampoco la vista del puesto más alejado del pavimento, para poder disfrutar de la más exclusiva y deleitable experiencia? Con pocos per-



sonajes y escenas que recuerdan a la poca familiaridad de un hotel de lujo *La Camarista* (2018) necesita plantear estas preguntas para sobrevivir, o más bien, quizá yo las necesite para sobrevivir a la cinta. Sobrevivir a una película no es soportarla, no es pasarla de largo, es poder existir de la misma manera en que normalmente existimos, aún después de que ella pase por nosotros; después de casi cuatro años de entrar a una sala de cine de arte en el centro cultural de mi ciudad, continuo sin saber si he sobrevivido o no a la camarista. La premisa es simple, una trabajadora cuyo nombre he olvidado, hace su mejor esfuerzo por dar el ancho que se requiere para ser la jornalera encargada del piso más alto del hotel en el que trabaja.

- **Aquí ya no hay pisos**

En el fragmento de vida que la cinta permite observar vemos de todo: favores a otra compañera de trabajo, un único camarista varón, capacitación, trabajos secundarios para lograr completar el pago de las deudas, camas sucias, huéspedes considerados, huéspedes que parecen considerados pero cuya posición no les permite medir el peso de sus propias palabras, comunicación por radio, y de vez en cuando nos mencionan a unos críos que, de manera ideal, la protagonista debería estar pasando la tarde con. Subir en la vida, o ascender en ella siempre es una invitación a mejorar, pero mejorar no siempre es cuestión de inventiva, de crear nuevas piezas con las que lograr escalar, muchas veces tiene que ver con lograr ocupar las piezas ya existentes de manera innovadora. Al subir, nos aferramos a las cosas que creemos que serán mejores una vez hayamos alcanzado el punto deseado, pero todas ellas aparecen como ilusiones, incluso las medidas antes mencionadas son ilusiones, todo lo que hay es el ascenso, nada más, la impronta de mejorar es el llamado más originario de una vida condicionada por la competencia.

Subir al piso de arriba, mejorar, no conlleva un ascenso, no tiene en su pretensión un mero desplazamiento, no es la oportunidad de una vida más auténtica donde encontremos un mayor tiempo para uno mismo, los hijos, las mascotas, los gustos, donde nos descubramos y logremos reconciliarnos con los callos ocasionador por la subida. Subir al piso de arriba es pasar de ser un ser con fuerza para la vida a un ser con fuerza en la vida, la última apoteosis: el devenir absoluto en una criatura casi mística ajena a los otros escalones del trayecto, el piso más alto conlleva el olvido de los otros pisos, allí no existen plantas altas, solo hay gente de nuestra misma planta, que algunos aseguran que están más abajo se convierte en síntoma de delirio. En el piso más alto me veo alienígena a los otros pisos, de hecho, puede que hasta haya olvidado como luce tan siquiera el asfalto, los sonidos del área de cocina son tan distinguibles como la flatulencia de un ratón del otro lado del mundo, el calor y olor ácido del cuarto de lavado ni siquiera forman una sola nota sensible, mi nariz no está capacitada para ellos, subir nunca pasó, ni para mí ni para mis acompañantes.

Pero ¿cómo subir al piso de arriba? Bien puedo pasar los días en vela limpiando los cuartos de los huéspedes, tomando baños cortos en las instalaciones del hotel y hacerme extraño al

sonido de la calle hasta conocer solo el recinto, bien puedo traicionar a otro y quedarme con su escalera, bien puedo robarla, bien puedo utilizar mis mejores cualidades, o bien puedo darme cuenta de que todas estas alternativas son fantasías, decidir que el piso más alto no vale la pena, que no merecemos lo imposible y deshacerme del sueño americano. La última opción ya me coloca en un muy buen piso, tan solo conozco el sueño americano, vivo en una relación amor-odio con él, pero le vivo de una u otra forma, no me es ajeno y está a la mano para seguirle persiguiendo o desecharlo por alguna otra alternativa: ¿cuántos pisos he de bajar para dejar de saber lo que es el sueño americano? Al menos, al piso donde *La camarista* toma lugar, al nivel donde tengo que considerar si vale la pena comprar los tupperes de mi compañera de trabajo, donde aún creo en el panteón de dioses que representan el esfuerzo, la labor y la excelencia, donde la idea de un ascenso justo permanece clavada en la pared junto a mi tabla de responsabilidades y mi carta moral.

La subida cambia la manera completa en que existo, la normalidad y normatividad de la vida, el hechizo del mundo, se rompen y veo ahora una nueva forma de existir, sin poder volver ya a lo que fue antes, o al menos, eso es lo que cree aquel que no ha subido, la esperanza de una transformación es la mayor de las seducciones al pie de la escalera que lleva hacia arriba. La realidad, en la opinión de este mero espectador, es que la única escalera que rompe la normalidad con la que se me dan las cosas es la que baja, la que me pone a nivel de suelo, suelo tan firme que es imposible que pueda yo volver a subir sin tomar en cuenta estos fundamentos, los fundamentos de todo lo que antes había vivido, no estoy descubriendo el hilo rojo, estoy meramente escarbando los cimientos de mi casa, y al hacerlo, he encontrado que están vacíos, mi casa se encontraba construida sobre el aire, así era hasta que tomé la escalera hacía abajo, ahora me encuentro con las rocas que constituyen su base, pero aún no encuentro al constructor de mi morada, pero en el piso más alto jamás lo encontraré, allí solo hay gente flotando, si me acompañan sirviéndome eso da igual.

Seguir igual después de bajar no es posible. Si el mismo caso se da al llegar al piso más alto no lo sé yo de primera mano, y tampoco lo sabe la camarista, quien permanece a la espera de la subida, lo que hace ella es sobrevivir a la expectativa de la elevación, esperar que pueda seguir de la misma forma, para

- **Aquí ya no hay pisos**

que un día, logre la tan ansiada apoteosis. Una parte de mí cree que ha bajado al piso de donde vino, que ha encontrado los cimientos y comprende que el juego limpio no conduce al cenit que representa la última de las plantas, si abandonará la subida o no, es mi misterio; mi otra fracción piensa que ella permanece firme en la subida, que la intuición del primer suelo es, pese a todo, una incógnita que no parece formularse, en ello, permanece en una especie de entrepiso, el mismo entrepiso en el que a veces me atrevo a ubicarme, pues sigo volviendo a preguntarme si mis intuiciones acerca del piso más alto son reales, al mismo tiempo que me atrevo a pensar en el piso más bajo sin siquiera saber si este realmente existe, a lo mejor por ello necesito saber quién merece subir, si todos o unos pocos, a lo mejor por ello no sé si sobreviví a *La camarista*, si es que logré continuar igual, a lo mejor al rato me niego a todo lo que escribí, y pretendo conocer el piso de hasta arriba, puede que la esté sobreviviendo un poco cada día.

*Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons 4.0 Internacional [Reconocimiento-Atribución-NoComercial-Compartir-Igual]
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

